

La voz de la Iglesia Católica en el proceso de desdemocratización venezolana

*The voice of the Catholic Church
in the process of Venezuelan de-democratization*

Recibido: 16/02/2020

Aprobado: 05/04/2020

Andrés Cañizalez

Licenciado en Comunicación Social Universidad Católica Andrés Bello. Magíster en Historia. Doctor en Ciencia Política. Profesor-Investigador Titular de la UCAB. andres.canizalez@gmail.com

Resumen: La crisis de la democracia venezolana, o su “desdemocratización”, tuvo hitos económicos, sociales, políticos e institucionales en los 1980 y 1990. Pese a advertencias de diversos actores, el sistema no fue refundado por el poder en respuesta al clamor de entonces. La Iglesia Católica se destacó por su voz de alerta en comunicados de su liderazgo oficial, la Conferencia Episcopal Venezolana (CEV), o desde de la revista *SIC*, su conocido medio oficioso de línea crítica por décadas. El debilitamiento gradual de la democracia que, entre otros factores, en 1998 desencadenó el triunfo electoral de un *outsider* que prometía refundar la República, vino a la par – a fines del siglo XX – de una alta credibilidad de la Iglesia Católica y otras instituciones en la opinión pública venezolana.

Palabras Clave: Venezuela; crisis democrática; desdemocratización, Iglesia católica.

Abstract: The Venezuelan democracy crisis, or its “de-democratization,” had economic, social, political, and institutional milestones in the 1980s-1990s. Despite warnings from several stakeholders, the system was not “refounded” by those in power in response to the outcry of the time. The Roman Catholic Church stood out for voicing alarm in statements by its official leadership, the Bishops’ Conference of Venezuela ([Spa.] CEV), or from *SIC*, its renowned non-official hardline magazine for decades. The gradual weakening of democracy triggering, among other factors, the electoral victory of an outsider promising to refound the Republic in 1998, was coupled – in late 20th century – by a high credibility of the Roman Catholic Church and other institutions amidst Venezuelan public opinion.

Keywords: Venezuela; democracy crisis; de-democratization, Roman Catholic Church.

Introducción

Los años duros para el sistema democrático, en la década de 1990, eran de una gran desconfianza de la opinión pública ciudadana en las instituciones. Como lo señalaron Bisbal y Nicodemo¹, encuestas de aquella época develan que partidos políticos, parlamento, gobierno nacional, sindicatos y poder judicial, en ese orden, estaban a la cola con los peores indicadores.

Para entonces, las instituciones tradicionales del país no gozaban de credibilidad ante el venezolano de a pie. Por otro lado, el clima que prevalecía en la opinión pública alimentó la trama de la telenovela *Por estas calles*, transmitida de forma ininterrumpida a partir del 3 de junio de 1992². En la misma, quedaba en evidencia la existencia de un país roto, de una realidad donde el personaje más popular resultaba ser un justiciero que actuaba por cuenta propia, el Hombre de

1 Bisbal, Marcelino. y Nicodemo, Pasquale. “Espectáculo, rituales y medios de comunicación en la política venezolana”. En: *SIC*, 1997, N.º 600, pp. 455-460.

2 Gamboa, Alexandra. “Por estas calles, la realidad reflejada en una telenovela”. *Medium* [en línea], 2016 [consulta: 16 de octubre de 2019]. Disponible en: <https://medium.com/@alexandra763/por-estas-calles-la-realidad-reflejada-en-una-telenovela-37a5fe1b11c2>

la Etiqueta. Entretanto, en el nivel más bajo de las encuestas, estaban políticos e instituciones debido su escasa fiabilidad; en el nivel más alto, por su alta credibilidad para ese momento, los medios de comunicación, la Iglesia Católica y los militares.

Según Bisbal y Nicodemo³, tras revisar encuestas de la época y aplicar ellos mismos instrumentos para medir el clima de opinión pública, la alta valoración de la Iglesia Católica y su invariablemente buena imagen destacaban. Los medios de comunicación, por ejemplo, si bien gozaban de credibilidad, mucho más alta que los partidos políticos, mostraban altibajos según la coyuntura, alcanzando un porcentaje de 67% en 1992 y luego descendiendo a 50% en 1997.

La Iglesia Católica, en cambio, de acuerdo con los datos obtenidos por Bisbal y Nicodemo, mantuvo a lo largo de la convulsa década de los años 1990 una percepción favorable casi invariable entre los venezolanos. En 1992, el 63% de los venezolanos le otorgaba mucha confianza a la Iglesia católica y cinco años después, en 1997, el indicador se ubicaba en 68%.

Para Jesús María Aguirre⁴, podría explicarse esta buena valoración hacia la Iglesia Católica en los años 1990 por dos factores: primero, a su juicio, el vacío generado por las otras instituciones públicas, sea por desgaste, fragmentación o incluso disolución; segundo, la necesidad por parte de los venezolanos de contar con instancias integradoras del conjunto de la sociedad.

A partir de tales datos, es interesante volver sobre la voz de la Iglesia católica en aquellos años. No es al azar que se revisen en este texto las posiciones públicas del mundo eclesial representado por su propia institucionalidad, la Conferencia Episcopal Venezuela (CEV). Se parte de la primacía que tenía la Iglesia Católica en su conjunto como referente de confianza para la sociedad. Fundada en 1973 para agrupar a los obispos católicos de Venezuela, la CEV es, sin duda alguna, la voz institucional de la Iglesia Católica en Venezuela. Por tanto, valerse de sus pronunciamientos y documentos públicos como insumo de investigación permite auscultar académicamente cuál era su posicionamiento público ante

3 Bisbal, Marcelino. y Nicodemo, Pasquale. Ob. Cit.

4 Aguirre, Jesús María. *Radiografía religiosa de Venezuela*. Caracas, Centro Gumilla, 2012.

determinados acontecimientos.

También estimamos pertinente revisar la revista *SIC*, considerada un órgano oficioso de prensa de la Iglesia Católica en Venezuela. *SIC*, fundada en 1938, ya en su carta de presentación se definía como: “Una revista de orientación católica, palestra de discusión de temas actuales”. Proyecto editorial de la Compañía de Jesús, con el paso del tiempo y en medio de la crisis generalizada que vive el sector de medios impresos en Venezuela, *SIC* no solo era en 2019 la más antigua publicación católica del país que seguía editándose, sino que era también la más antigua revista venezolana que seguía en circulación. En 1968 al fundarse en Venezuela el Centro Gumilla, en consonancia con los postulados del Concilio Vaticano II, la revista es adscrita a dicha institución.

De esa forma, para complementar la perspectiva institucional de los documentos y pronunciamientos de la CEV, apelamos a revisar editoriales de *SIC*, así como artículos de análisis de firmas importantes de la Iglesia Católica. La combinación de ambas fuentes nos permite ofrecer en este texto lo que genéricamente denominaremos la voz de la Iglesia Católica en Venezuela.

La desdemocratización de Venezuela

En los años 1970 y 1980, Venezuela gozaba de un modelo democrático considerado ejemplar en América Latina. Prevalcían dictaduras en países como Chile, Argentina, Brasil, Paraguay. Entretanto, se producían conflictos armados en Centroamérica, tiempo durante el cual en México imperaba lo que Mario Vargas Llosa⁵ definió como la dictadura perfecta del PRI (Partido Revolucionario Institucional). En contraste con el resto de Latinoamérica y el Caribe, Venezuela tenía un sistema democrático a la sazón bien valorado. Sin embargo, experimentó un verdadero ocaso en los 1990 y eso desembocó en el triunfo electoral de Hugo Chávez en 1998.

La Revolución Bolivariana, como se llamó inicialmente al proceso desencadenado por el chavismo, prometió dar un puntapié a la mesa del *status*

5 “Vargas Llosa: México es la dictadura perfecta”. *El País* [en línea], 1 septiembre 1990 [consulta: 8 de octubre de 2019]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1990/09/01/cultura/652140001_850215.html

quo social, político y económico de Venezuela; y en efecto lo hizo. La llegada de Chávez al poder fue precedida de una serie de hechos que, en retrospectiva, dejaban en claro la necesidad de reformas en Venezuela; pero la clase política que entonces regía el juego institucional, los partidos tradicionales, AD (Acción Democrática) y COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente), sencillamente desoyeron.

La devaluación del bolívar en 1984, conocida como el Viernes Negro, al ser la primera en décadas en Venezuela, tuvo un claro impacto económico y social. De acuerdo con diversos análisis, se trató de una crisis de la cual “el país nunca se recuperó”⁶. A esto le siguió El Caracazo en 1989, una revuelta social sin dirección política que puso en entredicho el programa económico del segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1993).

Al recordar esos sucesos durante una entrevista en 1990, Pérez responsabilizó particularmente al mundo mediático venezolano: “los medios de comunicación, sobre todo la televisión, crearon un estado de pánico.”⁷. Se refería a la transmisión en directo, sin filtros por parte de la televisión privada, de los saqueos y la posterior represión.

A estos acontecimientos siguieron los dos intentos de golpe de Estado de 1992, el primero de ellos encabezado por Hugo Chávez el 4 de febrero de 1992. Posteriormente, más por factores políticos que judiciales o de genuina lucha anticorrupción, se enjuició a Pérez en 1993. Chávez estuvo dos años en prisión, pero ya con la repercusión pública por su célebre rendición, al decir en vivo por televisión que, “por ahora”, no se habían cumplido los objetivos de derrocar a Pérez. En una suerte de eslabones de una cadena, a todo ello se sumó la crisis financiera que, al iniciarse la segunda presidencia de Rafael Caldera (1994-1999), prácticamente barrió con la banca privada, teniendo gran y negativo impacto en

6 Hellinger, Daniel. “Visión política general: La caída del puntofijismo y el surgimiento del chavismo”. En: Ellner, S. Y Hellinger, D. (Editores) *La política venezolana en la época de Chávez: Clases, polarización y conflicto*. Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 2003, pp. 43-74; p. 43.

7 Giusti, Roberto. “Carlos Andrés Pérez entrevistado por Roberto Giusti”. En: Dahbar, Sergio (Curador). *Antología: 70 años de entrevistas en Venezuela*. Caracas, Banesco y Grupo Editorial Cyngular, 2012. pp. 131-137; p. 137.

la población⁸.

Estos acontecimientos sociales, políticos y económicos constituyeron caldo de cultivo para una candidatura antisistema como la que encarnó Chávez en las elecciones presidenciales de 1998. Aquellos comicios significaron una ruptura radical con los 40 años anteriores, no solo por la condición de *outsider* de Chávez, sino que su propuesta pública, a la postre victoriosa, ofrecía cambios en todos los órdenes y la sustitución de la democracia representativa (Constitución de 1961) por la denominada “democracia participativa y protagónica”⁹. Eso quedó reflejado en la Constitución hecha a la medida de Chávez aprobada en diciembre de 1999.

En Venezuela, pocos autores imputan una cuota de responsabilidad a los medios de comunicación por el proceso de desdemocratización del país en los tres lustros que precedieron la llegada de Chávez al poder: “el discurso en contra de los partidos políticos, que fue campaña permanente de algunos medios de comunicación, había tenido resultados; con ello contribuyó decididamente la misma conducta de los partidos políticos”¹⁰.

Por su parte, los políticos tradicionales labraron en mucho su senda al suicidio, según el exguerrillero e intelectual de izquierda Teodoro Petkoff; pero sin duda los medios – en especial la televisión – contribuyeron en echar las bases de la antipolítica, al descalificar a los partidos. Vistos en retrospectiva aquellos años, puede coincidir con el autor Petkoff¹¹, en que Chávez contó a favor, entre otras causas, con una campaña mediática que durante década y media apostó por demoler los partidos tradicionales y demonizar la política y los políticos. Eso, junto a los propios errores de dichas organizaciones, abrió las puertas del poder a un *outsider*.

⁸ Vinogradoff, Ludmila. “La crisis del Banco Latino hundela las finanzas de Venezuela”. *El País* [en línea], 18 de abril de 1994 [consulta: 5 de octubre de 2019]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1994/04/18/economia/766620015_850215.html

⁹ Rey, Juan Carlos. *El sistema de partidos venezolano 1830-1999*. Caracas, Centro Gumilla, 2009, p. 244.

¹⁰ Arráiz Lucca, Rafael. *Venezuela: 1830 a nuestros días*. Caracas, Editorial Alfa, 2007, p. 205.

¹¹ Petkoff, Teodoro. *Dos izquierdas*. Caracas, Editorial Alfa, 2005.

Al referirse al periodo entre 1958 y 1998, Petkoff sintetiza el *modus vivendi* de la época: un pacto no escrito entre los dos partidos mayoritarios, AD (afiliado a la Internacional Socialista) y COPEI (de tendencia socialcristiana) y los medios, principalmente las televisoras. Los primeros casi no regularon a los segundos, entre los que imperó exclusivamente el afán de lucro y, en reciprocidad, la pantalla chica nacional presentó una suerte de equilibrio político-institucional, que excluía nuevas opciones o expresiones a contracorriente del modelo vigente.

Teodoro Petkoff, en sus años como dirigente y candidato presidencial del Movimiento al Socialismo (MAS) – en un giro al socialismo democrático durante los 1970, por escisión del Partido Comunista de Venezuela (PCV), movimiento luego abandonado por el propio Petkoff en 1998 tras el apoyo de su directiva a la candidatura presidencial de Chávez –, bien lo supo y padeció, pues los espacios informativos y de opinión reflejaban la guanábana (metáfora del reparto de cuotas y arreglo político entre los partidos AD, de color blanco, y COPEI, de color verde) en el poder.

El Puntofijismo, como algunos autores llaman al sistema bipartidista venezolano, entre ellos Hellinger¹², hizo posible un modelo democrático en Venezuela sustentado en la renta petrolera. La propuesta de la Revolución Bolivariana que encarnó Chávez a fines del siglo XX fue respuesta a la decepción existente sobre la capacidad de la democracia seguir con el modelo de redistribución de renta. Ello permitió a Chávez arrasar con el *ancien régime* iniciado en 1958.

Paralelamente, producto de la cultura política venezolana, Chávez logró encarnar la noción de caudillo en un esquema político de poder personalista¹³, un patrón recurrente en la historia venezolana. Al revisar las percepciones del escritor y figura mediática José Ignacio Cabrujas, mucho antes del advenimiento de Chávez en el escenario público, es claro el carácter genuinamente venezolano de quien ocupó la presidencia durante 13 años. “Estado es lo que yo, como caudillo, como simple hombre de poder, determino que sea Estado. Ley es lo

12 Hellinger, Daniel. Ob. Cit., p. 73.

13 Rey, Juan Carlos. Ob. Cit.

que determino que es ley”¹⁴, así explicó Cabrujas en 1987 el concepto de Estado y Ley en Venezuela. Chávez calza perfectamente en tal concepción y, al cambiar las reglas del juego (lo que no hicieron otros líderes populistas) para permitir la reelección presidencial inmediata y controlar *de facto* el resto de poderes y la hacienda pública, su proyecto deviene en un modelo autoritario en lo político y lo comunicacional.¹⁵

Junto a esto, como explicación del proceso de desdemocratización en Venezuela, están factores reñidos igualmente con la gobernabilidad democrática. Moisés Naím y Ramón Piñango, en el libro *Venezuela: una ilusión de armonía*, constataron igualmente una tendencia que parecía ser distintiva en el manejo de las políticas:

Hemos notado que la estrategia básica de todos los gobiernos democráticos ha sido la de no atarse a ningún marco coherente de prioridades específicas. La práctica ha sido la de atender múltiples objetivos simultáneamente aun a costa de incurrir en el desorden, la ineficiencia y el desperdicio que ello implica¹⁶

La ineficiencia retratada por Naím y Piñango a mediados de los 1980 se volvió un lastre para la gestión gubernamental, en medio de una decreciente credibilidad de los políticos tradicionales y con significativas crisis en un breve lapso de tiempo: devaluación (Viernes Negro), estallido social (Caracazo), más dos intentos de golpes de Estado y la posterior destitución del jefe de Estado.

14 García Mora., Luis *et al.* “Entrevista a José Ignacio Cabrujas”. En: Dahbar, Sergio (Curador). *Antología: 70 años de entrevistas en Venezuela*. Caracas, Banesco y Grupo Editorial Cyngular, 2012, pp. 111-130; p. 111.

15 Bisbal, Marcelino. *Hegemonía y control comunicacional*. Caracas, Editorial Alfa y Universidad Católica Andrés Bello, 2009.

16 Naím, Moisés y Piñango, Ramón. *El caso Venezuela: Una ilusión de armonía*. Caracas, Ediciones IESA, 1986, p. 555.

La voz de la Iglesia

La Iglesia católica en el país se institucionaliza a partir de 1531, cuando se establece el primer obispado, ejercido por Rodrigo de Bastidas y asentado en Coro, dentro del territorio que luego sería Venezuela. Un siglo después, en 1638, se transfiere esta instancia episcopal a Caracas en respuesta a que dicha ciudad había pasado a ser el centro gubernamental e institucional.¹⁷

Al no ser este texto uno sobre la historia de la Iglesia en Venezuela, no profundizaremos en hitos institucionales, pero destacaremos que la Iglesia Católica estaba ya establecida en América Latina antes de que se constituyeran repúblicas. Tal condición le dio un rol protagónico.

Sin embargo, durante muchos años, prevaleció la idea de que “los curas no deben meterse en política”. Tal fue el rasgo dominante especialmente en periodos autocráticos en Venezuela, siendo el más complejo para la institución eclesial el de 1870-1877, con el régimen de Antonio Guzmán Blanco. Sostiene Micheo que, durante otro régimen con mano de hierro como fue la larga dictadura de Juan Vicente Gómez, la Iglesia no solo estaba debilitada, sino que renunció a su actuación en el campo político para limitarse a su acción pastoral y ministerial.

Desde 1958, la democracia en Venezuela – particularmente con la nueva constitución de 1961 –, va de la mano de un proceso consultivo interno del catolicismo mundial y latinoamericano. Este proceso, iniciado en 1959 y devenido en el Concilio Vaticano II, desembocando en el documento público de 1965, así como el emitido por la iglesia latinoamericana de Medellín 1968, deja abierta la opción para que la Iglesia, ya modernizada, se involucre en asuntos terrenales, tales como la vida política: “se abre la posibilidad y el deber de actuación de los cristianos dentro de las realidades concretas del mundo antes vedadas por ser incompatibles con la Iglesia”¹⁸

Debe decirse que la Iglesia venezolana tuvo una voz precursora, ya que antes del Vaticano II y de Medellín, contó con un “obispo de la resistencia”¹⁹, Rafael

17 Micheo, Alberto. *Proceso histórico de la Iglesia venezolana*. Caracas, Centro Gumilla, 1975.

18 Ídem, p. 37.

19 Straka, Tomas. *Un reino para este mundo. Catolicismo y republicanismo en Vene-*

Arias Blanco, bien conocido por su carta pastoral del 1 de mayo de 1957.

Con el advenimiento de la democracia en 1959, y pese a la prematura muerte de Arias Blanco en un accidente de tránsito aquel año, se abre un nuevo periodo histórico para la Iglesia Católica como institución. Nace, como ha sostenido Tomás Straka, una nueva Iglesia “sustancialmente comprometida con la democracia”²⁰ y, desde distintos ámbitos, uno de ellos primordial como lo es la educación, sería pivote para el proyecto democrático en Venezuela.

El compromiso con la defensa de la democracia a partir de 1959, su propia institucionalización con la creación formal de la CEV en 1975 y el clima general que prevalecía en torno al papel público a desempeñar por la Iglesia católica en la denuncia de las injusticias y procura de un mundo mejor, terminarían por combinarse para que, llegada la hora, encontremos una voz con autoridad ante lo que ocurría en el país, especialmente ante ciertos puntos de inflexión en la vida nacional.

Un camino que no transitaremos, aunque estamos conscientes de su existencia, han sido los cuestionamientos en relación al papel de la CEV. Tal como se preguntaron Moreno y Pérez Rosas²¹: “¿Los pronunciamientos de la CEV representan a toda la Iglesia venezolana?”.

En el caso de este texto, asumiremos a fines prácticos que la voz de la Iglesia Católica en Venezuela, en democracia, está encarnada en la Conferencia Episcopal Venezolana. Esta voz la examinamos, en esta oportunidad, aunada a las valoraciones hechas desde la revista *SIC* a la crisis de la democracia experimentada en Venezuela en las décadas de los años 1980 y 1990.

zuela. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2006, p. 178.

20 *Ibidem*, p. 180.

21 Moreno, S. y Pérez R., P. “¿Profetas o silentes? Reportaje interpretativo sobre la relación entre el Estado y la Iglesia venezolana durante los sucesos de abril de 2002”. Tesis de Licenciatura [no publicada]. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006.

Aquel viernes negro

Como la mayoría de devaluaciones y medidas económicas impopulares en la historia contemporánea de Venezuela y de América Latina, el primer hito para entender el proceso de desdemocratización – y en su condición de punto de partida hay coincidencia entre diversos autores – es el Viernes Negro.

El viernes 18 de febrero de 1983, en el último año de gobierno de Luis Herrera Campins (1979-1984), se devaluó el bolívar por primera vez desde que la economía venezolana se centrara en el petróleo y, junto a eso, se estableció un sistema de control cambiario. De la famosa de tasa cambio de 4,30 bolívares por dólar que había prevalecido por largos años, aquel Viernes Negro pasó a 7,50 y en julio de ese año a 14,50. Ya no se podía acceder a los dólares libremente.

Para el gobierno de Herrera Campins, tal medida resultaba inevitable ante una merma significativa de las reservas internacionales, una caída importante en los precios internacionales del petróleo y los niveles de endeudamiento público y privado hasta entonces desconocidos. Los años que siguieron al Viernes Negro, dado su impacto socioeconómico, están signados por un incremento en los niveles de empobrecimiento y una contracción económica.

La medida resultaba contradictoria con el ambiente en Venezuela aquel 1983. El año había comenzado con la puesta en funcionamiento del Metro de Caracas; poco después, se inauguró el Teatro Teresa Carreño y, en líneas generales, todo aquello transmitía una sensación de modernización, de progreso. El país se preparaba para ser anfitrión de los Juegos Panamericanos y ello también contribuía a conferir a Venezuela un clima de bonanza.

A fines prácticos, en lenguaje popular, había llegado la época de las vacas flacas y el Viernes Negro simbolizaba aquella ruptura; pero el espíritu reinante era que volverían las vacas gordas. Nunca volvieron. En las décadas finales del siglo XX, no hubo otra “Gran Venezuela”, como quedó bautizada la época del primer gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1979), signada por la súbita alza de precios del petróleo en el mercado mundial.

El 13 de julio de 1983 se emite la “Declaración de la CEV ante la crisis que vive el país”²². Llamativo que aquel pronunciamiento, el primero después del Viernes Negro, enfatizara que los obispos no se consideraban “expertos en materia económica, política o social”; pero era en general un claro llamado de atención a la dirigencia nacional. Dado que estos comunicados no eran inéditos, los obispos recuerdan en el de 1983 su posición pública desde 1974, cuando el país vivía en medio de la abundancia por el *boom* petrolero. “Aquella bonanza, si bien ha favorecido avances en diversos órdenes de la vida nacional, ha permitido la agudización de deficiencias y lacras que ya entonces (1974) advertíamos”, reza la declaración posterior al Viernes Negro, en la cual se resalta que la riqueza petrolera no se había traducido en un cambio estructural positivo para Venezuela. En los pocos meses transcurridos entre febrero y julio de aquel 1983, la CEV ya observaba un aumento significativo del desempleo, un crecimiento de la inseguridad y una merma en la calidad de vida de amplios sectores de la población.

En la edición de *SIC* de febrero de 1983, impresa antes del Viernes Negro, el foco de discusión fue analizar la calidad democrática en Venezuela, ya que el 23 de enero 1983 se había cumplido un cuarto de siglo del final de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Un texto firmado por Arturo Sosa, entonces director del Centro Gumilla y de la revista *SIC*, sostenía que ya era hora para dejar de mirar la lucha contra la dictadura y que era el momento de analizar, a propósito del aniversario, qué cosas se habían alcanzado y cuáles eran las deudas pendientes del sistema democrático venezolano. Entretanto, aún en diversos foros se presentaba a Venezuela como ejemplo democrático, en medio de una América Latina bajo regímenes autoritarios de diverso signo.

En síntesis, ya que se trataba de una reflexión de más largo aliento que llevó Sosa desde el Centro Gumilla analizando al sistema político venezolano, este autor planteaba cuatro rasgos principales de la democracia a los 25 años del fin de la dictadura: 1) sociedad civil poco organizada y sin autonomía; 2) Estado vicioso, administrador de la renta proveniente del petróleo; 3) pacto entre las

22 CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA. *Compañeros de Camino. Cartas, instrucciones y mensajes de la Conferencia Episcopal Venezolana*, Vol. II 1980-1999. Caracas, Ediciones Trípode, 2000, p. 100.

élites que dejaba en manos de los partidos la resolución de los conflictos, para lo cual básicamente se contaba con los ingresos petroleros; y 4) partidos políticos (AD y COPEI, principalmente) que habían cooptado casi todos los espacios de interacción política y social²³. No era aquel, sin duda, un modelo democrático saludable.

En 1988 un balance necesario

El 30.º aniversario de democracia en Venezuela, 23 de enero de 1988, propició pronunciamientos de la Iglesia Católica. Para la CEV, era tiempo de revisar y reajustar. Sin embargo, para *SIC* y el pensamiento que gravitaba en torno al Centro Gumilla, era la hora de hacer una genuina democracia, abriendo el modelo de 1958 a la participación de la sociedad civil.

Reinaba en el país un clima favorable a la reforma del Estado. En 1984, el entonces presidente Jaime Lusinchi (1984-89) había fundado la Comisión Para la Reforma del Estado (COPRE). Al frente de este novedoso espacio estuvo Ramón J. Velásquez durante tres años (1984-1987) y, tras su renuncia, asumió otro venezolano ejemplar, Arnoldo José Gabaldón. La COPRE fue eliminada tras la aprobación de la nueva Constitución, en diciembre de 1999.

Los obispos, en su declaración con motivo de las tres décadas de democracia cumplidas el 23 de enero, hicieron un claro esfuerzo por presentar lo que llamaron “luces y sombras”²⁴. No debe olvidarse lo señalado anteriormente: la Iglesia Católica respaldó de forma entusiasta la implantación del modelo democrático venezolano. Los obispos destacan, entre las luces, el proceso modernizador, la estabilidad del modelo político, la actitud institucional de las Fuerzas Armadas. Cuando la CEV aborda los avances económicos y sociales en 30 años, aun reconociendo que el sistema democrático “ha permitido que las presentes generaciones hayan logrado un nivel de vida mejor que el de sus padres”²⁵, comienza a matizarlos.

23 Sosa, Arturo. “El sistema político venezolano: El 23 de enero de 1983”. En: *SIC*, 1983, N.º 452. pp. 74-75.

24 CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA. Ob. Cit., p. 183.

25 *Ibidem*, p. 186.

Los obispos observaban que en Venezuela “se respiraba un cierto aire de frustración”, en relación con la política. En esto incidían, entre otros factores, la renuencia de los partidos en abrir una genuina participación ciudadana, la militancia partidista entendida como mecanismo de acceso corrupto a los bienes públicos, así como la cooptación de gremios y asociaciones de la sociedad civil. En palabras que perfectamente podrían haber sido un editorial de la revista *SIC*, la jerarquía católica sostenía que, a 30 años de democracia en Venezuela, “han venido surgiendo en el país grupos privilegiados que dificultan la constitución del pueblo como sujeto principal de un sistema democrático maduro”²⁶

En su editorial de enero de 1988, la revista *SIC* pronosticaba un seísmo en el sistema venezolano, como respuesta a la cooptación del modelo democrático por parte de las élites, cerrando el paso a la participación popular genuina. Un año después, el país vivió los sucesos de El Caracazo, que dejaron al descubierto el malestar y la poca capacidad de respuesta del poder político de entonces.

Trece meses antes de aquellos sucesos, *SIC* editorializaba de esta forma:

Treinta años después, lenta y soterradamente se está preparando otro 23 de enero. De los políticos, de las Fuerzas Armadas, del Empresariado, de la CTV dependen que tenga lugar en paz, sin represión (...) incluso que puedan caber ellos en lo nuevo que vendrá²⁷

En esa edición, la revista del Centro Gumilla recogía otro balance, sin duda dramático, del país que había gozado 30 años de democracia con libertades políticas. Se trataba ya entonces de una insoslayable deuda social. Se citaba al experto Hernán Méndez Castellanos, al presentar la siguiente cifra: 38% de las familias estaban bajo el límite de pobreza crítica²⁸. El deterioro social había tenido una dramática velocidad tras el Viernes Negro.

²⁶ *Ibíd.*, p. 187.

²⁷ CENTRO GUMILLA. “Editorial: 30 años después”. En: *SIC*, 1988, N.º 501. pp. 2-3; p. 3.

²⁸ Delgado D., Carlos. “30 años de democracia venezolana”. En: *SIC*, 1988, N.º 501. Pp. 4-7; p.7.

En retrospectiva, hubo un punto de inflexión en la dinámica económica nacional a partir del Viernes Negro, con graves secuelas sociales como también señalan los obispos al valorar el sistema democrático. “La distribución de la riqueza no ha beneficiado equitativamente a todos los sectores de la sociedad. Ha comenzado de forma reciente en el país un empobrecimiento que golpea con mayor fuerza a los sectores más débiles”, reza el pronunciamiento de la CEV del 12 de enero de 1988. En el mismo, ratifican que este tipo de comunicados, a modo de voz de alerta, no eran en realidad una novedad. Los obispos, en esa declaración, reivindican su rol de sostén del sistema democrático y desde allí recuerdan una serie de pronunciamientos públicos entre 1958 y 1987 “y se verá la coherencia y la continuada preocupación de la jerarquía católica en todo este largo periodo del proceso democrático”²⁹

Sobre la interacción entre sistema democrático e Iglesia Católica en Venezuela, Arturo Sosa³⁰ plantea en su análisis un hito a partir de 1969. Ese año accede a la presidencia un católico devoto, candidato de un partido que se definía como socialcristiano, COPEI. Durante su gestión se alcanzó finalmente la pacificación de las guerrillas, tras una década en la cual la lucha armada contra el sistema democrático le dio a los años anteriores (1959-1968) otras características.

También, como indicamos anteriormente, a partir de 1969, comienza a vivirse un periodo con diversas expresiones en distintas intensidades dentro de la Iglesia Católica en Venezuela, a partir de lo que emanó de la muy significativa discusión de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín entre el 26 de agosto al 8 de septiembre de 1968. A partir de 1969:

Iglesia y Estado se mueven en tendencias divergentes: mientras que el Estado y la alianza política que lo controla (partidos, Fuerzas Armadas, sector capitalista privado) se aleja del pueblo y mediatiza la sociedad civil; la Iglesia ha iniciado un variado, aunque todavía indeciso, proceso de compromiso popular³¹.

²⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA. Ob. Cit., p. 189.

³⁰ “Iglesia y democracia en Venezuela”. En: *SIC*, 1988, N.º 501. pp. 14-19.

³¹ *Ibidem*, p. 18.

Y “bajaron de los cerros”: El caracazo

A tres décadas de El Caracazo, aún resulta muy difícil hacer una lectura desapasionada. Este autor, sin ir muy lejos, vivió una suerte de bautismo de sangre y fuego, como joven periodista de Radio Fe y Alegría, en aquella Caracas de fines de febrero e inicios de marzo de 1989.

Había efectivamente mucho malestar social, sorpresa e inconformidad por las medidas económicas de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez (1989-1993): frustración, ya que el presidente había prometido en su campaña presidencial que regresaría la “Gran Venezuela”. Una chispa incendió la pradera, en terminología de Marx, y mucho se ha discutido sobre el carácter espontáneo de aquellos sucesos o la infiltración de sectores radicalizados para avivar el malestar. De mi propia vivencia, haciendo reporterismo de calle, el inicio de los sucesos sin duda fue espontáneo, el estallido social tomó a todos por sorpresa. Una vez extendida la protesta, tratan de incidir sectores radicales de izquierda. Tras recuperarse del desconcierto, pasadas valiosas horas sin capacidad de respuesta, la reacción oficial terminó siendo una feroz represión.

La crónica que hizo José Comas para *El País* de España, el 5 de marzo de 1989, lleva un título que quedó en el imaginario venezolano y latinoamericano: “El día en que bajaron de los cerros”. El relato de Comas no comienza con el 27 de febrero, cuando iniciaron los hechos de la explosión social, sino el 18. Ese día se celebró, como se dice popularmente en Venezuela, “a todo trapo” la boda de alta sociedad Fernández Tinoco-Cisneros Fontanel:

Al mismo tiempo que los invitados degustaban el bufé rebosante, en la cadena de supermercados CADA, la mayor del país, propiedad de la familia de la novia, Mariela Cisneros, el grupo financiero más fuerte de Venezuela, faltaban buena parte de los productos básicos.³²

32 Comas, José. “El día en que bajaron de los cerros”. *El País* [en línea], 5 de marzo de 1989 [consulta: 10 de octubre de 2019]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1989/03/05/internacional/605055601_850215.html

Acá Comas (fallecido en 2008), como buena parte de la cobertura internacional de entonces, termina enfatizando la enorme desigualdad. La brecha social que se amplió de forma notable entre 1984-1988. De acuerdo con las cifras que brindaba la propia COPRE, entre 1984 y 1988 el número de hogares pobres había pasado de 944.000 a 1,9 millones.

En abril de 1989, *SIC* titula su editorial “Gloria al bravo pueblo” por los sucesos ocurridos a fines de febrero e inicios marzo. Según la publicación del Centro Gumilla, el pueblo venezolano le había enviado un mensaje a las élites.

Nuestro sistema democrático ha estado regido por unas elites no acostumbradas a escuchar al pueblo que dirigen. En los últimos años, ese pueblo ha enviado toda clase de señales a las élites para que estas se percaten de su existencia.³³

Acto seguido, respondía al intenso debate en aquel momento acerca de si El Caracazo era fruto de grupos subversivos: “la verdadera subversión de la democracia la impulsan quienes subestiman al pueblo y lo marginan económica, social y políticamente hasta hacerlo estallar”.

La CEV por su parte, cuando aborda estos sucesos, comienza por referirse a su propia declaración de meses atrás, con motivo de los 30 años del sistema democrático: “se ha creado una sensación de frustración seria y peligrosa, pues se esperaba que con la democracia se superarían estas dificultades”, reza el comunicado de los obispos venezolanos del 8 de abril de 1989³⁴. Más adelante, en este mismo tono, insistieron en recordar que, al iniciarse 1988, habían señalado “los terribles riesgos de que el pueblo pierda la fe en el sistema democrático”.

Esta declaración de 1989 parece estar más en línea con el tipo de pronunciamiento de la Iglesia latinoamericana progresista que con el tono que había sostenido previamente la Iglesia venezolana: “escuchamos el clamor popular contra las medidas del paquete económico que ya están produciendo un mayor grado de pobreza y miseria, mientras que el Estado y los grandes capitales

³³ CENTRO GUMILLA. “Editorial: Gloria al bravo pueblo”. En: *SIC*, 1989, N.º 513. p. 98.

³⁴ CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA. Ob. Cit., p. 212.

se van haciendo más ricos y poderosos”³⁵

Al contrario de otros pronunciamientos, en los que se hacían reflexiones generales, el pronunciamiento de la CEV tras El Caracazo es preciso en señalar medidas económicas, por ejemplo, y en recomendar rectificaciones:

pensamos que la liberación de precios y la liberación de las tasas de interés producirán una verdadera hecatombe económica y social. Más adelante advierten de forma específica que en caso de llevarse a cabo una reforma tributaria, ésta [*sic*] deberá ser justa, es decir, incidir más sobre los poderosos y menos sobre los asalariados”³⁶

Resulta igualmente llamativo en este pronunciamiento de los obispos el hecho de que emplacen de forma directa a otros actores públicos y no solamente al Estado como era usual. Por ejemplo, les pide la CEV “al Gobierno, Banca, Industria y Comercio, que reconsideren [aspectos] de las medidas económicas”; y manera específica a “los dueños de los medios de comunicación y agencias de publicidad” a que “informen verazmente sobre la situación real del país”.

La jerarquía de la Iglesia Católica en Venezuela también asimiló el remezón que representó El Caracazo para las élites venezolanas. El cierre que tuvo aquel documento apunta en esa dirección:

concluimos con una respuesta y urgente invitación al Gobierno y los dirigentes de los diversos sectores nacionales y regionales para que, en esta encrucijada de nuestra historia sepan escuchar el clamor del pueblo e interpretar los signos de los tiempos”³⁷

El llamado, con tintes dramáticos, dado el clima que se vivía en Venezuela tras el estallido y la represión, no caló de manera genuina. Después de una etapa en la que se hablaba de escuchar al pueblo, nada pasó para que eso se tradujera en una realidad.

35 *Ibidem*, p. 214.

36 *Ibidem*, p. 215.

37 *Ibidem*, p. 219.

Amaneció de golpe. El 4F

En esta serie de hitos a modo de hilo conductor en el proceso de desdemocratización que vivió Venezuela, el 4 de febrero de 1992 (4F) tiene una connotación especial. Se trató de una sublevación militar abortada, que intentaba sacar del poder a un presidente legítimamente electo. Los cuestionamientos que podrían hacerse contra la segunda presidencia de Pérez (1989-93) en ningún caso justificaban una medida de fuerza, claramente un intento de golpe de Estado.

El manejo comunicacional de lo ocurrido aquel 4F terminó catapultando al líder de la insurgencia: Hugo Chávez. Desde aquel suceso, él y su “por ahora” pasaron a ser figura y memoria públicas en Venezuela. La presidencia de Pérez no solo quedó herida, sino el propio sistema democrático fue socavado de forma notable. A esto se sumaron las reacciones de figuras seminales del sistema, como el propio fundador de COPEI, Rafael Caldera. Aquello resultó ser un notable punto de inflexión la desdemocratización, en el desmontaje del modelo democrático de 1958, y constituye inicio de lo que sería un nuevo esquema institucional a consolidarse en el año 1999.

La CEV, al analizar el 4F y el otro intento fallido de golpe de Estado del 27 de noviembre de 1992, vincula ambas asonadas con El Caracazo en 1989. Para los obispos, “estos acontecimientos reflejan el agotamiento de la manera de hacer política [...] la agonía de una Venezuela que muere” y llamaban “a poner los valores y talentos para construir” un nuevo país. A la vez, recordaban el sentido de “urgencia” que debía poner la dirigencia nacional para “emprender los caminos de solución”³⁸. La CEV no condenó tajantemente a los militares que organizaron los golpes fallidos de 1992, tampoco los justificó en sus mensajes de aquella época.

Por su parte, en el editorial de la revista *SIC* de marzo de 1992, si bien se comienza señalando “mas bien las condiciones que creó la situación” para que se alzara un grupo en armas, en general se hace un alegato muy claro: un problema de la democracia solo se podrá resolver apelando a vías democráticas y definitivamente alzarse con armas no era una de esas vías. Para la revista del Centro Gumilla, el golpe del 4F dejó en evidencia la fractura que se vivía entre la

³⁸ *Ibidem*, p. 296.

sociedad y las élites sustentaban el modelo democrático iniciado en 1958.

“El golpe del 4 de febrero puso de manifestó la escasa legitimidad del gobierno y del sistema político venezolano después de 34 años de fundado”, según *SIC* del Centro Gumilla³⁹

Esto además representaba un parteaguas. Resultaba iluso, como pretendían algunos que en aquel momento soslayaban la conexión popular con el golpe que se produjo, volver a una situación “de normalidad” luego de fracasar la intentona militar. Por ejemplo, varios periódicos mostraron las imágenes de cómo, entre los disfraces más populares de niños venezolanos en las festividades del Carnaval de 1992, estaba el de “Comandante Chávez”.

Un aspecto que abordaba este editorial era uno sobre el cual ya habían hecho llamados de alerta en otros momentos de crisis: la poca capacidad de diálogo por parte de la dirigencia política de Venezuela. “Los venezolanos queremos, en primer lugar, un gobierno y unos dirigentes que sepan escuchar, no solo hablar”. Luego recuerda el texto que “a gritos” se habían exigido reformas políticas y económicas en Venezuela en un marco de consenso con la participación ciudadana.

Así como los obispos señalaron el agotamiento del modelo, desde el Centro Gumilla llamaban a que, tras el fallido golpe del 4F, hubiese “una sacudida de las instituciones democráticas”⁴⁰; le daban al presidente Carlos Andrés Pérez una responsabilidad central en lograr una suerte de refundación nacional, para dar respuestas a las demandas de la opinión pública nacional en 1992, que no eran nuevas, pues se vinculaban con otros síntomas del malestar social.

Ese 1992 cerró con otro intento de golpe, también fallido, y sin respuestas desde el poder a los deseos de cambio y rectificación patentes en la sociedad venezolana. La voz de la Iglesia, como señalamos anteriormente, gozaba de altos niveles de credibilidad entre los venezolanos. En contraste, partidos políticos e instituciones públicas estaban a la cola⁴¹. Eran síntomas inequívocos de un

39 CENTRO GUMILLA. “Editorial: El futuro de la democracia”. En: *SIC*, 1992, N.º 542. pp. 50-51.; p. 50.

40 *Ibidem*, p. 51.

41 Bisbal, Marcelino. y Nicodemo, Pasquale. *Ob. Cit.*

proceso de desdemocratización que estaba en desarrollo, sin que el liderazgo político diese una respuesta adecuada.

Finalmente, la opción de destituir a Pérez del poder antes del fin de su mandato encontró un cauce institucional al procesarlo judicialmente bajo cargos de malversación de fondos para operaciones confidenciales de seguridad y defensa (partida secreta). Aunque según la legislación vigente entonces, el uso de la partida secreta era discrecional del jefe de Estado, se le fustigó el uso de estos fondos, equivalentes a unos 17 millones de dólares, para brindarle seguridad a la recién electa presidenta de Nicaragua, Violeta de Chamorro (1990-97).

En relación con este hecho, también parte de los hitos de debilitamiento del sistema, ya que en este caso se utilizaron las instituciones con la finalidad política de poner punto final a un gobierno electo democráticamente, la CEV no hizo mención en ninguno de sus pronunciamientos de aquel 1993. La presidencia de Pérez, que debía finalizar en febrero 1994, concluyó en mayo del año anterior. La breve transición la condujo Ramón J. Velásquez. Los obispos venezolanos optaron por guardar silencio tanto ante la salida abrupta de Pérez como ante el mandato provisional de Velásquez. Al menos en el libro que compendia las declaraciones de la CEV, no encontramos declaraciones oficiales de los prelados ante tales acontecimientos políticos.

Mas sí un hubo pronunciamiento público en torno al devenir político de Venezuela en 1993. La CEV emitió un comunicado en mayo de ese año con motivo del I Encuentro de la Sociedad Civil, realizado en la Universidad Católica Andrés Bello. Posteriormente, una declaración en julio de 1993, ya destituido Pérez, llamaba a votar en las elecciones presidenciales en diciembre.

Desde las páginas de *SIC*, entretanto, en un editorial de junio de 1993, se recordaba que la percepción sobre Pérez era de haberse enriquecido a costa de su ejercicio del poder. *SIC* asociaba su destitución y su enjuiciamiento como jefe de Estado en funciones, sin precedentes en el modelo democrático de 1958, al clima de deslegitimación que rodeaba a la élite política. “Es necesario ubicar este hecho en el proceso político que vivimos. La pérdida de legitimidad del modelo

populista de partidos se manifiesta de muchas maneras. Y esta es una.”⁴²

A modo de cierre: en las urnas se selló el final de un modelo

Las claras señales del agotamiento del modelo democrático de 1958 tuvieron eco en pronunciamientos y editoriales de instancias católicas a lo largo de los años 1980 y 1990. No eran declaraciones aisladas, sino que la voz de la Iglesia Católica pulsaba el clima en el país.

La última esperanza de cambios por parte de actores del modelo agotado se la jugó la población venezolana al votar por el Rafael Caldera que, habiendo salido de COPEI, se presentaba como un candidato suprapartidos y finalmente se impuso en una cerrada votación en diciembre de 1993. Sus cinco años de mandato, desde febrero de 1994, en los que se postergaron nuevamente las transformaciones que reclamaba la ciudadanía, terminaron por abrirle la puerta al *outsider* excomandante de un golpe fallido y, que siendo candidato presidencial en 1998, sencillamente prometía cambios radicales, empezando por impulsar una Asamblea Nacional Constituyente para hacer aprobar una nueva constitución, en buena parte confeccionada a su medida.

Al cerrar este texto, revisemos las reacciones tanto de la CEV como de *SIC* al contundente triunfo electoral de Chávez el 6 de diciembre de 1998. Se sellaba así el final del modelo democrático de 1958 y el país transitaba por terreno desconocido, tras promesas de reconstrucción profunda en todos los ámbitos de la vida nacional, sin planes o proyectos mínimamente elaborados o consensuados con la sociedad o con las élites en declive. La sociedad, cansada de la falta de respuestas de la dirigencia tradicional, dio un cheque en blanco a Chávez.

En un comunicado de la CEV el 12 de julio de 1999, a meses de la toma de posesión de Chávez como presidente, que tendría lugar el 2 de febrero, los obispos admitían que el resultado electoral era también “un categórico y abrumador rechazo, por parte de la mayoría, de los defectos, vicios y corruptelas

42 CENTRO GUMILLA. “Editorial: El laberinto presidencial”. En: *SIC*, 1993, N.º 555. pp. 194-195.

presentes en esta etapa democrática del país”⁴³

Asimismo, en respuesta al fracaso del modelo de 1958, la jerarquía católica llamaba a que el nuevo gobernante llevara adelante “la necesaria renovación de las instituciones” y estaban de acuerdo con que se trazara “un proyecto de largo aliento que oriente las actividades públicas y privadas en la construcción de un país para todos”. En medio de un mensaje sinceramente optimista sobre la nueva era que se abría para Venezuela, tras el cambio por vía electoral, la CEV advertía que la transformación más profunda, desoída en 40 años de democracia, era lograr, desde las instituciones y la sociedad, “un auténtico protagonismo del pueblo”⁴⁴

El primer editorial de *SIC*, tras el triunfo de Chávez, habló de un “cambio de época” en Venezuela. Desde el Centro Gumilla explicaban, en la edición de enero-febrero de 1999, que “el autismo de las organizaciones políticas” les impidió abrirse a nuevas relaciones y demandas de la sociedad, con lo cual el modelo democrático terminó desdibujándose. Al igual que la CEV, en *SIC* se daba bienvenida a un nuevo ciclo político e institucional en Venezuela, se reivindicaba al pueblo como protagonista para la efectiva instauración de un cambio profundo en las relaciones de poder y, a fin de cuentas, en la médula del sistema democrático. “Hacer sujeto al pueblo, significa diseñar el nuevo edificio de manera tal que el pueblo se apropia de sus estructuras para mantenerlas y transformarlas”⁴⁵, sostenía el editorial y cerraba poniendo de relieve el tema de la participación ciudadana: el éxito de lo que se iniciaba en 1999 sería posible “siempre y cuando todos escribamos el nuevo proyecto”.⁴⁶

43 CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA. Ob. Cit., p. 404.

44 *Ibidem*, p. 407.

45 CENTRO GUMILLA. “Editorial: Construyamos sobre piedras firmes”. En: *SIC*, 1999. N.º 611. pp. 2-3.; p. 3.

46 *Ídem*.